



Creo que la Psicología tampoco escapa a este tamizado que de la evolución histórica de las Ciencias hicieron ya los primitivos teóricos del materialismo dialéctico. Todo el cauce de la antigua Psicología que corría entre riberas escolásticas cuando no fisiológicas, ha sido superado por una etapa de antítesis que rechazó muchos de los primitivos tanteos psicológicos, no por ineficaces, sino muchas veces porque el clima cultural de los nuevos tiempos así lo exigía, visto el auge de nuevas filosofías que teñían con su color toda la investigación científica de su época.

Sin embargo, aquella rica experiencia empírica sobre la que se cimentaron muchos de los hallazgos de nuestros antecesores, que fué casi completamente abandonada con los albores del siglo actual, encerraba un filón de posibilidades especulativas. Reconocer esta verdad, que a gritos proclamaban ya el renacer de las más antiguas ciencias de colorido seudomágico en el escenario de nuestro tiempo, era abrir paso a la síntesis psicológica.

Por eso las Psicologías que llamamos **modernas** ostentan ante todo esa línea directriz.

Decir **Psicología moderna** no es referirse a la que tan sólo posea la modernidad cronológica, puesto que muchos sistemas psicológicos de reciente aparición poseen unas raíces que como en las ideas de Jung, van a chupar su savia en las escuelas creadas por el gramático indio Patañjali, en el siglo VII, antes de nuestra Era.

Una Psicología para merecer el calificativo de moderna, en la acepción que hoy debemos dar a tal adjetivo, ha de caracterizarse por representar un avance dinámico hacia la plena comprensión del psiquismo y de la conducta humanos, ha de estar adaptada a las exigencias culturales de la época y ha de ser una ciencia de jugosa aplicación a nuestros problemas individuales o a las incertidumbres del cuerpo social que constituimos. Esto implica, frente al tinte friamente especulativo de las primitivas Psicologías y al pragmatismo que le sustituyó después, elevar la síntesis a la categoría de norma orientadora.

La Psicología adleriana incluye en su contenido programático el sentido dinámico, la visión totalitaria y las posibilidades de aplicación inmediata que exigimos hoy a una Psicología moderna. Posee además ese carácter de ciencia de inducción que para el Profesor W. H. Welch, debía ser un ingrediente indispensable en toda investigación científica.

Pero la psicología adleriana, por ser esencialmente dinámica, por ser una Psicología de situaciones y aún más de directrices vitales, forzosamente tenía que tropezar en sus comienzos con la algodonosa muralla de cierta desconfianza colectiva.

Sucede en la vida de los hombres como en el devenir histórico de los pueblos, que nos resistimos a aceptar aquellos nuevos puntos de vista que amenazan trastocar los rígidos pilares de nuestro pensar cotidiano. Cuando la nueva concepción posee ese impulso incontenible que alienta en los sistemas o doctrinas que esconden en sus entrañas un pedazo palpitante de verdad, entonces le abrimos paso en nuestro mundo ideológico, y una vez reestructurada nuestra arquitectura psíquica, rechazamos con mayor ahinco que la primera vez, toda nuestra concepción que amenaza dar al traste con el nuevo orden de ideas.

A mi entender, ha contribuido en mucho a formar ese círculo de hierro que rechazaba el adlerismo, mediante la indiferencia o la combatividad, la proximidad de las doctrinas freudianas. Había costado una intensa lucha interior a los hombres y a las naciones incorporar a su bagaje de cultura los postulados freudianos, para que inmediatamente después se estuviese dispuesto a desmoronar

